

II Domingo de Adviento Ciclo A

Lecturas Bíblicas:

Isaías 11, 1-10

Carta de san Pablo a los cristianos de Roma 15, 4-9

Evangelio según san Mateo 3, 1-12

UN NUEVO DESIERTO¹

Leemos hoy en el evangelio según san Mateo:

“En aquel tiempo, se presentó Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca»”.

“Se presentó Juan el Bautista”.

Sorpresiva y novedosamente aparece la figura de Juan Bautista. Juan, apodado y conocido ya como “el Bautista”, por el bautismo de agua que daba a quienes acudían a él, arrepentidos, y confesaban sus pecados.

“Proclamando en el desierto de Judea”.

En el desierto, donde Dios tantas veces había hablado a su pueblo, en *continuidad* con la historia antigua; en el desierto, donde Juan se había retirado.

En el desierto, no en el templo, como un signo de la *novedad* que proclamaba Juan frente al templo de Jerusalén, y que vendría no por él sino por Aquel de quien se presenta como heraldo y precursor.

En el *nuevo desierto* de la ciudad secular, árido porque vacío de la fertilidad que sólo da Dios, pero de suelo agrietado por la sed de Dios que el secularismo vanamente intentó matar.

“Proclamando: Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca”.

Son las mismas palabras que usará Jesús al iniciar su ministerio en Galilea (Mt. 4, 17). Porque el ministerio de Juan prepara el ministerio de Jesús.

¹ Sobre la base de la homilía del autor para el 1º Domingo de Adviento Ciclo A del año 2007.

El *Reino de los Cielos*, o sea: *el Reino de Dios* (expresión equivalente, concesión a los judíos que evitaban pronunciar el nombre de Dios). Los tiempos mesiánicos prometidos y largamente esperados. ¡Está cerca! Juan es un Profeta que anuncia al Señor que viene. Pero no es cualquier Profeta. A él le toca proclamar la proximidad, la cercanía o inminencia del Reino. ¡Está cerca! ¡Está *ya presente*!

Y por eso mismo: ¡Conviértanse! O sea: renuévense, cambien de conducta, de vida, y de mentalidad, hagan penitencia por sus pecados, prepárense.

Y en el nuevo desierto de la cultura secularizada, resuena la voz de Juan Bautista invitando a la conversión porque el Reino de Dios, a pesar de todo, está cerca. Justamente, el cambio de rumbo girado por el hombre contemporáneo que se enfrenta contra Dios y quiere alejarle, logra que el Salvador acuda presuroso y se haga cercano, próximo. El reino de Dios está cerca, también en la ciudad secular.

“Juan tenía una túnica de pelos de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre”.

Cual un retrato de Juan pintado por el evangelista, conocemos cómo vestía y comía sobriamente el Bautista. Su vida austera acreditaba su predicación y mensaje. Y por ese modo de presentarle, Mateo le está comparando con otro Profeta, Elías, que así aparece vestido (2 Reyes 1,8: “llevaba una piel ceñida con un cinto de cuero”).

Se parece a Elías. Se parece a Elías, profeta que según la tradición judía volvería como precursor para preparar la venida del Reino (como escribe Malaquías, quien pone en boca de Dios estas palabras: “Yo les enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día del Señor: Mal. 3, 22).

Juan Bautista pertenece al grupo, línea histórica o tradición de los Profetas que anunciaron la venida del Mesías. Es como un eco de los Profetas del Antiguo Testamento.

En el nuevo desierto de la ciudad secular se hace necesario un nuevo profetismo, que anuncie y proclame, que el Reino de Dios está cerca, pero acreditado por la pobreza de la vida. Hoy día, la falta de los recursos en otros tiempos tenía la Iglesia para evangelizar, nos debe asemejar a Juan, vestido esa túnica, o casi más bien despojado de vestido. Nos debe asemejar al Bautista, libre respecto de toda propiedad, despreocupado incluso hasta de lo que tendría para comer o beber.

“La gente de Jerusalén, de toda la Judea y de toda la región del Jordán iba a su encuentro, y se hacía bautizar por él en las aguas del Jordán, confesando sus pecados”.

El bautismo de Juan era diferente a otras abluciones meramente rituales comunes por aquel tiempo. Con todo, el bautismo de Juan no era todavía el bautismo sacramento que instituiría Jesús. El bautismo de Juan era un bautismo de preparación, provisorio, no definitivo, un bautismo de purificación de los pecados para disponer mejor a la llegada inminente del Mesías. Juan lo tiene claro y lo dice claramente:

“Yo los bautizo *con agua para que se conviertan; pero aquel que viene detrás de mí es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias. El los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*”.

El suyo es un bautismo con *agua*; Jesús bautizará en el *Espíritu Santo* y el *fuego*. El agua es fuente de vida, de nuevo comienzo, también el agua del río Jordán y el bautismo de Juan. El agua y el fuego purifican pero el fuego purifica más que el agua. El bautismo de Jesús no es sólo un bautismo con agua sino que bautizará en el fuego. Y dice también: “en el *Espíritu Santo* y el *fuego*”. En el viento y soplo, que también barre, despeja y limpia, en el soplo vivificador del Espíritu Santo. *Es el viento que atizará el fuego y aventará el trigo para trillarlo* (Is. 41, 15-16).

El que viene *detrás de mí* no es inferior a mí, dice Juan, sino *más poderoso*, y yo ni quiera puedo estar a la altura para cumplir ese oficio propio de los esclavos: quitarle las sandalias a su señor. Con esta fuerte expresión Juan manifiesta la diferencia y distancia que hay entre el Mesías y él.

El “detrás de mí” no parece señalar sino el crecimiento de la historia de la salvación desde los profetas antiguos, del cual Juan es el último, hasta el Señor Jesús. “Detrás de mí” indica, pues, a la vez *la continuidad y lo nuevo que la supera*.

Él vendrá como Juez. El que juzga no es Juan sino el Mesías próximo. Y el juzgar es propio de Dios. Juan anuncia la cercanía del Reino de Dios y de un Mesías Rey que vendrá a juzgar y discernir las conductas según el bien y el mal que se manifiestan ante la conciencia (el buen fruto del árbol que no es cortado, el trigo separado de la paja que se quema).

Este Juez juzga según el bien y el mal que Él mismo, y no otro, constituye. Es un juicio que se inicia con la primera venida del Señor y llegará a su madurez y plenitud cuando Él vuelva al fin de los tiempos.

- “El *hacha* ya está puesta a la *raíz de los árboles*: el *árbol* que no produce *buen fruto* será *cortado y arrojado al fuego*”.
- “Tiene en su mano la *horquilla* y *limpiará su era*: recogerá su *trigo* en el *granero* y *quemará la paja* en un *fuego inextinguible*”.

Se trata acá de otro fuego. No es el fuego del bautismo que purifica sino el fuego que no se apaga y que consume lo que no fue purificado. Se trata del *fuego escatológico* que aparecerá en las parábolas de Jesús sobre el juicio final (de la cizaña: Mt. 13, 24-30.36-43; del juicio de las naciones Mt. 25, 31-45). La del juicio final no es una destrucción total y definitiva sino que se trata de destruir para reconstruir, como cuando se demuele un viejo edificio en ruinas para levantar otro nuevo.

Escribe sobre el juicio final el Papa Benedicto XVI en su Encíclica “Spe Salvi (2007) sobre la esperanza cristiana: “La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino *una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza*. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es *una imagen que exige la responsabilidad*.”

Por eso, mientras hay tiempo, Juan Bautista llama a *la conversión*:

“Al ver que muchos *fariseos y saduceos* se acercaban a recibir su bautismo, Juan les dijo: «Raza de víboras, ¿quién les enseñó a *escapar de la ira de Dios que se acerca?* Produzcan el *fruto de una sincera conversión*, y no se contenten con decir: “Tenemos por padre a Abraham”. Porque yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham”.

Muchos fariseos y saduceos se contaban entre aquella “gente de Jerusalén, de toda la Judea y de toda la región del Jordán (que) iba a su encuentro” (de Juan).

El Día de Dios (la ira), *la era mesiánica*, se acerca. No se podrá huir de ese Día. El buen fruto del árbol que no es cortado y quemado es *la sincera conversión*. Muchos fariseos y saduceos que acudían a recibir el bautismo de Juan no estaban bien dispuestos. Juan les llama “raza de víboras”.

No basta pertenecer al pueblo elegido, al pueblo de Abraham, para considerarse seguros y a salvo, *hace falta* además una sincera conversión. Estos personajes, fariseos y saduceos, entran por primera vez en escena en este pasaje; ellos, aunque rivales entre sí, de ahora en más se complotarán contra Jesús.

La invitación a la conversión, como la salvación, está dirigida primeramente a los miembros del Pueblo de Israel pero *no exclusivamente* a ellos sino *a todos* los hombres. Por eso dice Juan: "de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham". Pertenecer al Pueblo Elegido *no está reservado* al Pueblo de Israel (representado aquí por los fariseos y saduceos). Todos serán salvados, *todos debemos convertirnos*.

También hoy, en la ciudad secular, podemos contar con la fundada esperanza de que muchos, muchos se acerquen a la Iglesia, comprometida en una nueva evangelización.

Pbro. Hernán Quijano Guesalaga

Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, Paraná

4 de diciembre de 2010